

FR. DIEGO VALADES, O.F.M.

Nació en Tlaxcala en 1533. Murió en Roma después de 1582.

Hijo del Conquistador Diego Valadés y de una tlaxcalteca. Estudió en la escuela de Fray Pedro de Gante y fue discípulo de Fray Juan Focher. En 1548 ingresó a la Orden Franciscana y se ordenó hacia 1556, misionando entre los chichimecas de Zacatecas y Durango y enseñando en varias escuelas de los franciscanos. En 1571 va a España, en donde publica el *Itinerarium Catholicum* de Fray Juan Focher. Con altas prelacías dentro de su orden pasa a Roma y a Perusa, en donde imprime su obra *Rhetórica Christiana* en 1579, y en Liorna, en donde redacta un libro contra los herejes. Continúa en Roma hasta su muerte.

Su obra, principalmente la *Rhetórica Christiana*, escrita en latín, ha sido estudiada muy a fondo por Esteban J. Palomera, S. J. *Fray Diego Valadés, O.F.M. Evangelizador Humanista de la Nueva España*. 2 v. I. *El Hombre y su época*; II. *Su obra*, Prólogo de Ernesto de la Torre Villar, México, Editorial Jus, S. A., 1962-63, ils. También importa el trabajo de Livarius Oligier, O.F.M., *De Vita et Scriptis Didaci Valadés, O.F.M.*, Firenze, Ad Aquas Claras, 1943; el de Francisco de la Maza, *Fray Diego Valadés, escritor y grabador franciscano del siglo XVI*. Sobretiro de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, 1945, No. 13 y el igualmente excelente de Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del siglo XVI*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946, 195 p. (Biblioteca del Estudiante No. 63). Vid también Nicolás León, "Fray Diego Valadés. Nota biográfica" en *AMNAHE*, 2a. ép., T. I. 1903, p. 234-241.

Fuente: Esteban J. Palomera, S. J. *Fray Diego Valadés, o.f.m., Evangelizador humanista de la Nueva España. Su obra*. México, Editorial Jus, S. A., 1962. XVI-325 p. ils. p. 274-277.

LAS REPUBLICAS DE INDIOS

Después que los religiosos hubieron congregado, no sin gran trabajo, a los indios que estaban dispersos por los montes y desiertos, y los hubieron reducido a que viviesen en sociedad, les enseñaron solícitamente las costumbres y modos de vivir en los negocios de la familia y asuntos domésticos.

Se hizo, primeramente un diseño decente y decoroso de los lugares para los futuros edificios, calles, paseos y cami-

nos, e hizo también la distribución de los campos por orden de la majestad real y del ayuntamiento.

Pero antes de que se intentase algo, fue necesario pensar lo que debía establecerse relativo a tales asambleas y reuniones de hombres incultos, buscando su salud tanto corporal como espiritual, así como la comodidad de aquellos que en adelante habrían de entablar comercio con ellos.

Se les asignaban terrenos muy amplios que fuesen suficientes para levantar casa, plantar viñedos y hacer jardines, y esto siempre se hacía con algún aditamento para que en ese lugar sembrasen hortalizas y otras plantas de uso doméstico y diario, como son chiles, calabazas, magueyes, tunas, tabaco, y también árboles frutales de diversas clases traídos desde España; los cuales se plantaron con autorización de los religiosos.

Viene a ser allí tal la abundancia de frutos, que se venden en muchos lugares a más bajo precio que en ninguna otra parte. Añádanse a esto las verduras, también españolas, de modo que cada uno puede cultivar sus posesiones según sus alcances y arbitrio, observándose sin embargo en la repartición la misma medida.

Y para que no tuviesen motivo de queja se dejaba un trozo determinado de los terrenos, por si acaso aconteciera que se le hubiese disminuido a alguno algo de su parte, lo cual no puede menos de suceder en medio de tantas divisiones; y entonces se les daba, según sus peticiones y deseos, una compensación en otro sitio, para que en todos reinase la igualdad.

Empero tenía razón con los nobles, a quienes se entregaban en las divisiones de los campos mayores parcelas, según la condición de cada uno, puesto que ellos necesitaban mayor espacio para la conservación de su dignidad de caballeros.

En esas divisiones se reservaba algún campo intermedio para tener allí comercio y el mercado y los edificios públicos erigidos, como son el palacio, que se llama casa de la ciudad; en la cual hay gran número de patios y salas, en donde se guarda el tesoro público y se recibe a los huéspedes. En las partes del frente, hacia el templo y el foro, había portales tanto en el piso superior como en el inferior. En los pisos superiores y más elevados se tenía el Senado y el Cabildo y se hacía justicia. En los inferiores y de más modesta condición, se encuentran muchas habitaciones y celdas. Pues ta-

les edificios se hacen en las ciudades, de cal y canto, usando enormes canteras, y se fabrican según la traza y estilos de España.

El templo ocupa allí según el sitio intermedio y está construido con admirable artificio y grandeza. Suplen también nuestros templos el lugar de las escuelas, y no cobran réditos o pensiones anuales, sino que gratuitamente y por caridad cristiana enseñan los hermanos [religiosos] de las tres antedichas órdenes todos los oficios, así los eclesiásticos como los necesarios para la vida pública. Encuéntranse los edificios sagrados separados de los otros, como si fuesen islotes, teniendo los barrios a su alrededor. Son de paredes altas de cantería y pintadas de cal y no estaban unidos con ninguno de los edificios que componían los pueblos.

En cada uno de los pueblecitos que los rodean existe una capillita a la que acuden en los días de mayor solemnidad y para los que han sido decretadas oraciones públicas, como es en la fiesta del Corpus Christi. Y no llevan en procesión más lejos el Santísimo Sacramento por otras plazas, por razón de la mucha reverencia y suntuosidad con que engalanan en esos días las calles, pues si pasase también por otras plazas, se tendrían que hacer gastos inmoderados. Y tiene esto lugar, además, en las ferias de Resurrección y de los Santos tutelares o patronos de la ciudad y también de nuestro Padre San Francisco y llévase a cabo con la reverencia de que hablaremos en su propio lugar.

A la parte izquierda de los templos hállase en los cuatro lados del atrio la escuela de letras y artes, a la que ordinariamente asisten mil jovencitos más o menos, según el mayor o menor número de habitantes de esos lugares; a quienes se les enseña el modo de hablar y escribir correctamente. Se les enseña también a cantar y a tocar instrumentos de cuerda y tienen también más instrumentos músicos de los que se conocen entre nosotros. Tienen ciertas horas determinadas de la mañana y de la tarde para estos ejercicios, y se les reúne y despide tocando unas campanillas.

Cuando hay que asistir a las ceremonias sagradas acuden ordenadamente y permanecen en los templos con grande compostura. Aprenden también a pintar, a dibujar a colores las imágenes de las cosas, y llegan hacerlo con delicadeza.

A los principios, les enseñaba todas las artes mecánicas que se estilan entre nosotros Pedro de Gante, varón de mucha piedad, del cual se hablará más oportunamente en otro sitio;

las cuales artes, con facilidad y en breve tiempo dominaban, por razón de la diligencia y fervor con que él mismo se las proponía. Y ya después se las enseñan unos a otros, sin buscar lucro o retribución.

En los patios se encuentran deliciosas fuentes llenas de agua, en las que se lavan los niños, porque se les enseña ante todo las reglas de la limpieza. Contiguas a la escuela suelen hallarse capillas fabricadas artísticamente, en las que se dicen sermones para los indios, los días festivos y los domingos y en donde se celebran misas; pues es tan numerosa la asistencia a las reuniones que presidimos, que no hay templos tan espaciosos que puedan contener a toda esa muchedumbre, ni cuando tuviesen doble capacidad.

Por lo cual es costumbre predicarles en los atrios, que son muy espaciosos, y no sólo sucede esto en las ciudades donde vivimos nosotros en comunidad, sino también en los demás pueblos a donde vamos con el fin de predicar. Pues donde quiera que nos hallemos, estamos dedicados al trabajo de las almas.